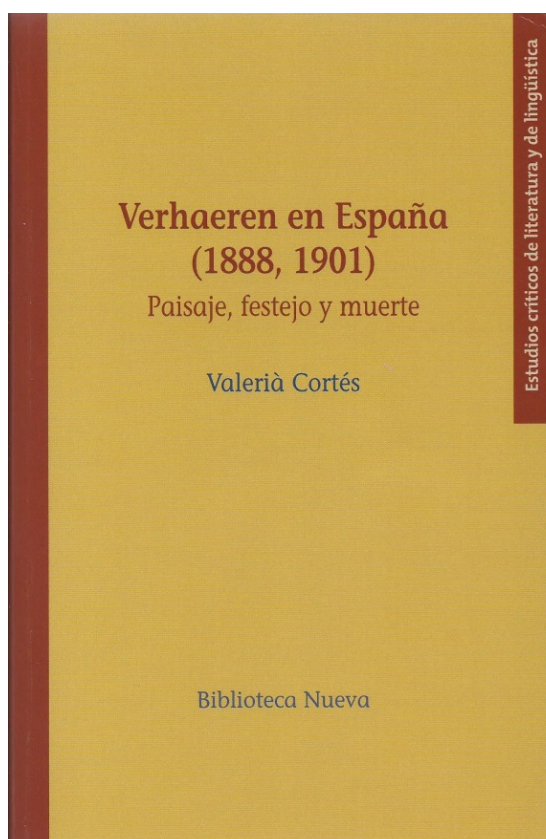


Observación, erudición y trabajo apasionado: una contribución al servicio de los estudiosos de Verhaeren *

Lidia Anoll

Universitat de Barcelona

lidiaanoll@yahoo.es



A un estudioso de la literatura le resulta verdaderamente sorprendente que alguien que no pertenece al ámbito de las letras –Valerià Cortés es catedrático de la Facultad de Bellas Artes de la Universitat de Barcelona– decida emprender un trabajo como el que nos ocupa. Trabajo que, no cabe duda, hubieran tenido que llevar a cabo los estudiosos de la literatura belga hace ya mucho tiempo. Eso hubiera ahorrado la propagación de ciertos errores que Cortés desvela y subsana, con mucho acierto, a lo largo de su estudio. Porque, en realidad, de eso se trata, ese fue el objetivo esencial que le llevó a documentarse, a seguir paso a paso un itinerario que Verhaeren recorriera cuando su viaje a España y del que diera cuenta en sus cuatro artículos contenidos en “Notes sur l’Espagne”.

Es cierto, por otra parte, que hay aspectos que escapan a quienes se mueven en el ámbito de las letras, quizá por el hecho de barajar continuamente realidad y ficción, pero que sorprenden a un buen observador de lo cotidiano, más cuando el

* A propósito de la obra de Valerià Cortés, *Verhaeren en España (1888, 1901). Paisaje, festejo y muerte* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2016. 392 p. ISBN: 9788416938025).

observador es un hombre como Valerià Cortés, avezado a mirar atentamente, a medir, a cotejar, a observar una talla, un dibujo o la idoneidad del emplazamiento de una obra de arte. Su admiración por Verhaeren no surge de su obra, –eso vendrá más tarde– sino de la actitud, reflejada en el “Ritrato del poeta Verhaeren” de Van Ryselberghe, en la que, el adolescente que era entonces Cortés, observa a un “desconocido” entregado a la escritura, que parece no percatarse de lo que sucede a su alrededor. Esta observación, que pudiera parecer anodina, basta para que el nombre del autor permanezca latente en su mente y surja espontáneamente cuando, años después, alguien le pone en contacto con su obra. Ahora bien, el verdadero *déclencheur* llega con la lectura de *España negra* “en cuya autoría volvía a aparecer el nombre del poeta junto al del pintor Darío de Regoyos” (p. 20). Como buen lector, Cortés anota, subraya y, a medida que avanza, duda de las interpretaciones y las aseveraciones de Regoyos. Como sea que Regoyos dice apoyarse en los artículos escritos por Verhaeren en su primer viaje por España, Cortés se hace con los artículos y empieza a cotejar ambos textos, cotejo que le muestra la necesidad de “echar luz sobre este viaje y los artículos” (p. 20).

Con esa finalidad, empieza un periplo que culminará en el libro que aquí comentamos. El inmenso trabajo llevado a cabo se materializa en una información que desborda al investigador y que se resiste a ser estructurada según unos cánones establecidos, tanto como el investigador se resiste, quizá por desconocer las exigencias del mundo de las letras, a guardarla para un trabajo posterior. Después de unas palabras de agradecimiento y de una nota acerca de la no traducción de los topónimos que hallaremos a nuestro paso, se encuentra una pequeña introducción en la que se expone brevemente la renovación literaria y plástica a la cual se incorporó Verhaeren, y en la cual Cortés sitúa los textos publicados con motivo de la primera visita a España del poeta, entre los cuales se hallan los artículos “con el epígrafe *Impressions d’artiste*, publicados por el semanario *L’Art moderne* para el lector belga” (p. 19). Insiste, sobre todo, en el hecho clave de que Regoyos, que “nunca escribió acerca de sus otros viajes, glosó [aquellos artículos] para el público español de manera descriptiva, como la copia en su pintura, en un libro que los comentaristas han sobredimensionado en beneficio del pintor y menoscabo del poeta, por cuanto se ha convertido en el referente de lo escrito por el poeta acerca de España” (p. 21). Seguidamente, procede al análisis de los cuatro textos en los que “Verhaeren convierte lo percibido en imágenes de una verdad convincente y ocasional reflejo de las propias quimeras” (p. 22), análisis que viene precedido de otro que llevó a cabo al mismo tiempo: el del pliego de *Notes sur l’Espagne* o cuaderno de viaje: “índice fidedigno del dato fugaz entrevisto a cada paso, así como la fuente para abordar el seguimiento del viaje y verificar pasajes que se han tergiversado” (p. 22). Unas cien páginas de anexos a modo de ilustraciones “cumplen la función de complementar, clarificar y enriquecer el tema” (p. 22). Nada

desdeñable, la cantidad de bibliografía que ha barajado, testimonio no solo de su interés por el tema, sino de su inquietud intelectual y de su honestidad científica.

Es obvio que resulta imposible dar cuenta del contenido del trabajo, enorme y riguroso, llevado a cabo por Cortés y de sus múltiples hallazgos. Después de leer atentamente las más de doscientas páginas que comprende el estudio que constituye su objetivo inicial; después de seguir con creciente curiosidad las innumerables notas que surgen constantemente, ya sea para aclarar conceptos, subsanar errores, completar información, uno siente la necesidad de compartir, de invitar a sus semejantes a emprender el camino de Verhaeren siguiendo las huellas del profesor de Bellas Artes. Y es que su aportación, tanto por lo que respecta a la información como a la erudición, va mucho más allá de un simple cotejo. Cortés ha seguido, en más de una ocasión, los pasos que siguiera Verhaeren para constatar *in situ* aquello que le inquietaba, aquello que le parecía erróneo, comprobar si lo narrado y lo real coincidían en cada momento. Las numerosísimas notas que baraja dan fe de ello y hacen del libro una obra para estudiosos puesto que, a pesar del rigor, la veracidad y pulcritud que en ellas se respira, pueden resultar excesivas para el lector corriente.

“Observación, erudición y trabajo apasionado” son los términos que me ha sugerido el trabajo que aquí comento: la observación era imprescindible, la erudición es fruto de los años y de la firme voluntad del investigador; el trabajo apasionado ha sido el motor que ha movido todos los resortes, que no ha reparado en horas, en dedicación, en tenacidad. De todo ello puedo dar fe. Por eso nos encontramos ante un material que ha desbordado al investigador, material que se ha obstinado en facilitar al lector en forma de notas y que ha originado una primera parte muy poco ortodoxa, donde prevalecen las notas en detrimento del texto. Afortunadamente, el estudio de los cuatro artículos borra el efecto negativo citado: aquí texto y notas se equilibran adecuadamente y su contenido resulta muy interesante. El centenar de páginas recogidas en “Anexo”, excepto las que se refieren a la correspondencia, pudieran parecer al lector un tanto gratuitas sin la aclaración que Cortés da en su introducción (p. 23).

“Una contribución al servicio de los estudiosos de Verhaeren”, reza el título. Y lo es. Con sus pequeños defectos estructurales, pero con todo el rigor científico que la avala. Solo hay que seguir sus páginas para percatarse de ello. ¡Lástima que hazañas quijotescas como la que constituye este estudio no reciban el apoyo de las instituciones que debieran interesarse por ellas! ¡Hagámosle un lugar en nuestras bibliotecas! Lo merece.